

ración, celebrando el oficio en la iglesia y el banquete en casa, con grandísimo placer de los socios fundadores, que creyeron haber jugado felizmente una mala partida á mistress Needle, cuidando bien de sus intereses espirituales y temporales. Entre tanto los neófitos, vueltos á su casa, contaban prodigios sobre lo que habían visto en el templo de Bird; calificaban de bella y elegante la fachada, cuyo estilo recordaba un café nuevo, hablando también de la entrada, precedida de un salón, donde un criado de librea cogía, para guardarlos, los bastones y paraguas, alquilando biblias y *Payer books* de bellísimas encuadernaciones en taflete con broches dorados, los cristales y los barnices de vivos colores, doblemente bellos por las luces que descendían por las ventanas con cristales pintados. Además del sitio privilegiado para los socios fundadores, corrían varias filas de butacas y bancos especiales, con respaldos cómodos, taburete para los pies y cojines de terciopelo azul, provistos de su reclinatorio encima del asiento. Constituían la principal parte de la entrada, por estar arrendados á subido precio. Demostrábase así el talento práctico de Bird, que había distribuido el espacio del templo con sábia

economía, de modo que casi no quedaba sitio alguno para los neófitos indiscretos que pretendieran asistir de pie, ó reírse del sermón ó del servicio religioso. Otro resultado magnífico producía este pensamiento: librar á los señores del aspecto de la pobreza y del disgusto de verse mezclados con ella. Habíase, por último, provisto de un *armonium*, esperando el órgano, que se proponía colocar á su tiempo: lo tocaba una de las jóvenes atraídas por mistress Bird, con fino discernimiento.

Lo que más importaba, con el fin de llamar gente, el *servicio* de Bird celebrábase de una manera grave y solemne, sí, pero compendioso cuanto más lento era el de la Alta Iglesia. Además el discurso volaba con rapidéz, esparciendo sentencias y alusiones, que cada uno podía interpretar según sus gustos, sin creer por ello combatidas sus creencias. No hay que decir si prosperó en los primeros domingos la capilla independiente. Entre las biblias alquiladas y los paraguas guardados se recogía no poca moneda: las sillas daban mucho; el alquiler producía bastante; en suma, el negocio presentaba el mejor aspecto. No había ya en Parque Verde un hombre con traje de paño fino, ni señora ó mujer con

sombrero que no quisiera una vez á lo menos ó dos cambiar la prosa del ministro Star con la poesía del ministro Bird: ir á la *confortable* capilla independiente llegó á ser una curiosidad, una diversión, una moda.

—Moda necia, loca, impía; observaba mistress Needle hablando con el cura.

—Moda frenética, diabólica y peor, respondía éste, dando gusto á su señora. Veremos al fin. Ahora la novedad enloquece, fascina y arrastra. Con el tiempo advertirán que no es oro cuanto reluce. Me han dicho que no usan la mesita de costumbre con su tapete, y sí otra de mármol adherida á la pared. Dicen además que Bird vuelve las espaldas á la reunión al celebrar la cena del Señor: el último domingo, á petición de las señoras más entusiastas por el *ritualismo*, se vió sobre la mesa un Crucifijo entre velas. . . .

—¡Puro *puseísmo*! exclamó la Needle.

—Confío replicó el cura, que dentro de poco comparecerá Bird con alba y casulla, cual en las iglesias *puseistas* de Londres, así como que al lado del altar (porque la mesa se ha convertido en un verdadero altar, según el uso papista) plantará un confesonario.

—¡Sólo faltaría esto!

—¿Qué? ¿No lo han hecho acaso en cien iglesias tuyas los *puseistas* y los *ritualistas*?

—¡Permita Dios que también caiga en tal exceso! dijo la Needle: sería un rayo sobre la torre de Babel.—El cura y la patrona volvían á renovar con frecuencia tales lamentaciones alternadas y tejían un flébil salmo sobre las ruinas de Israel, que, lejos de concluir en Gloria, acababa profetizando la próxima caída del templo. No se resolvían, empero, á tomar un partido vigoroso para que concluyera la cosa, porque si bien el cura anglicano y miss Mary, más anglicana que su cura, proponían de continuo recurrir á medidas de rigor, mistress Needle no sabia conformarse con ellas. Arengábanla en vano con los ejemplos del profeta Elías, que condenó á muerte á los sacerdotes de Baal, y en vano le recordaban al Salvador armado de azotes contra los profanadores del templo; la timorata y benigna mujer respondía:—No quiero que se diga en el país que arrojé á un hombre de mis posesiones por causa de religión. No puedo destruir la fama de tolerante que siempre gozó nuestra familia. A su tiempo vendrá la venganza justa y honrosa.

Sobre aguardar ésta, por todos los medios posibles apresurábala. Parecía haber olvidado todo lo sucedido en el continente durante su expedición. No hablaba, ni pensaba sino en la capilla independiente. De tal encendido furor de protestantismo dolíase amargamente Julia: John se reía cuando no le observaban, porque para él tan desacreditada hallábase la Alta Iglesia como la Baja.

Mistress Needle pensaba que lo mejor para destruir la capilla independiente era desacreditar sus doctrinas, pulverizándolas por medio de bien entendida controversia. Tenía, por tanto, sus sabuesos, para que olieran con fidelidad las novedades corrientes en la iglesia de Bird, mandando al cura que la anatematizara en el sermón del domingo. Produjo esto un primer afecto grátísimo para ella, á saber, que frecuentara el pueblo la iglesia algo más que de costumbre, por la curiosidad de oír al ministro de la Alta Iglesia impugnar al de la Baja. Verdad que al siguiente día festivo volvían para escuchar las réplicas; pero de todas maneras concurríase al templo. La mayor parte de los oyentes poco entendían ó nada de las razones del uno y del otro predicador, más entendían perfectamente que

ambos se tiraban al degüello, y les divertía el espectáculo. En el país se hablaba no poco de la cosa y confesaban muchos que el nuevo ministro, llamado para sobreponerse al viejo, había contribuido á renovar el espíritu religioso en el pueblo indiferente.

Más fuerte rumor levantóse cuando se comenzó á susurar en el país que Bird había puesto en la Iglesia, no un confesonario como profetizaba el ministro anglicano, sino dos:—¿Para qué aquellos sillones cen reclinatorio al lado y la rejilla pendiente en medio?—Claro es, decían los hombres de honor, pieusan acoger penitentes para la revelación de las culpas....

—Mas....¿para qué dos? ¿No bastaba uno?

—Quiere decir, contestaba alguien, que se propone llamar algún amigo para que lo auxilie.

—¡Oh! ¿Cree tener pronto tal multitud de penitentes que no baste para confesarlos á todos?

El enigma quedó explicado por el ministro Bird en la primera reunión. Leyó en la Biblia el texto de Santiago: "Confesad recíprocamente vuestros pecados". Puso luego de realce que en los primeros si-

glos de la Iglesia había sido costumbre constante confesar las propias culpas, lo que consiguió admirablemente, no habiendo cosa más fácil para quien tenga en la mano un tratadillo elemental sobre la materia. Vino después la aplicación práctica. Sacó de su funda el *Prayer book*, recitando la exhortación que el ministro de la Iglesia anglicana dirige á los que han de comulgar: "Y porque precisa en los que se acercan á la santa comunión una firme confianza en la misericordia de Dios, y una conciencia tranquila, si alguno de vosotros no puede satisfacer por su propia conciencia, y necesita del consejo y alivio de otro, venga á mí, ó vaya en busca de otro discreto y docto ministro de la palabra de Dios, manifestándole su escrúpulo, á fin de que (aquí Bird repetía solemnemente cada una de las sílabas) por el ministerio de la palabra de Dios pueda recibir el beneficio de la absolución." Recitadas cuyas frases, cerró el libro, diciendo con voz triunfante que por consiguiente la misma iglesia anglicana, para ser fiel á su propia doctrina, debía abrir en sus catedrales los confesorios; que muy bien hacían los ministros de Oxford, no menos que los sacerdotes *puscistas* y *ritualistas*, que habían dado

el ejemplo, ya comunísimo entonces en sus iglesias, y que, por lo tanto, oído el voto de muchas de sus ovejuelas, no quería privar más tiempo á la comunidad de tan benéfica institución divina. Que supieran por ello, que de entonces en adelante estaría pronto diariamente á corresponder á los deseos de las damas timoratas.

Este discurso fué recibido con aprobación manifiesta, porque la mayor parte de los fieles habían entrado en su iglesia precisamente para encontrar ó introducir en ella las prácticas *ritualistas*. No fué tan grata la cosa cuando, después de los oficios, al despedir á varios grupos de sus adherentes que le daban la enhorabuena, manifestó un pensamiento suyo novísimo en Parque verde, si bien no nuevo en las iglesias *disidentes*. Dirigiéndose, pues, á varias señoras, con hermosa y cortés manera las hizo comprender que no sólo estaba dispuesto á consolar sus conciencias; sino que también acogería *mistress Bird* á las del bello sexo, recibiendo sus confesiones, dando él cada domingo la absolución desde el púlpito á todas las personas confesadas. Este descubrimiento tenía una parte más cómica de lo soportable en Inglaterra, donde sin embargo lo cómico en

religión se sufre á veces con imperturbable seriedad; perjudicó á la introducción al rito penitencial, no menos que á las reputaciones del confesor y de la confesora. La gente se miraba, faltando poco para que se pusiese á reír con estrépito. Salieron diciéndose unos á otros:—Este pide demasiado.

—Menos mal, si hubiese alentado para la confesión libre; pero la confesión á la *ministra* es cosa verdaderamente nueva.

—El reverendo Bird abusa de su condición de ministro independiente.

—Y da en locuras.

—Tanto se tira de la cuerda, que al fin se rompe. (1)—

(1) Me indicó el hecho como verosímil un ilustradísimo caballero inglés. La verdad es que tal como lo escribo lo lei en los periódicos. Con todo, no pretendo ser inventor, ni lo doy por historia *tetrágona*. Nunca lo hubiese atribuido á un sacerdote anglicano, y mucho menos á un *puseista*; pero á un aventurero ó á una especie de saltimbanquis, no me parece indecoroso atribuirle una demencia más ó menos.

LXII.

CONFESION PROTESTANTE.

Un cuarto de hora después del discurso de su antagonista, conoció todas y cada una de sus frases el cura de mistress Needle. Como aquel día estaba invitado á comer en el castillo, sin dilación dirigióse á él, lleno de gozo, por poder llevar el anuncio primero de historieta tan extraña. Halló en el salón á la señora y á la familia, que lo esperaban, entrando de golpe en el tema establecido de antemano. Refirió las frases de Bird, adornándolas no poco, y, describiendo á la esposa del pastor en el acto de recibir en el confesonario á las mujeres de su partido, y favorecerlas con sus avisos espirituales, hizo descomponer con una sonora carcajada la gravedad de la noble inglesa.

Estaba decidida la de Nápoles á hablar palabra en todo este asunto de chismogra-